

# DANZAS JAPONESAS DE AYER Y DE HOY

— P O R —

## ROXANE

KOBE, 1931

**ANTES DE PARTIR** para Kobe el capitán de navío don Jorge Fernández, nos invita a una comida japonesa en el Maple Club de Tokio.

Este local, el más típico y elegante de la sociedad japonesa, está situado dentro del Shiba Park y es atendido solamente por geishas y musmés.

Previa la ceremonia de cambiar nuestro calzado por aterciopeladas babuchas, la gerente nos introduce a una pequeña sala. Sobre el petate hay varios cojines que indican nuestros asientos; en el estrado un cakemono; plantitas enanas y cerezos en flor. Dan calor aromático a la estancia varios braseros de cobre que aquí se llaman hibari.

Una linda geisha, después de prosternarse ante nosotros, prodiga sus saludos y reverencias y nos invita a ocupar los cojines; la siguen otras japonesitas lujosamente ataviadas, quienes se colocan frente a cada comensal y es su misión amenizar con su gracia y cortesía el interminable banquete.

—A veces estas gatitas se ponen muy cariñosas—nos dice el capitán Fernández a modo de advertencia.

—Sobre todo después de algunas copas de saké—agrega el ministro señor Gallardo Nieto.

Entretanto las musmés van colocando sobre el taburete de laca toda clase de manjares exóticos que probamos con receio...

Las geishas se burlan de nuestra torpeza para usar los palillos y cogen nuestros dedos a fin de enseñarnos su manejo.

Poco a poco se animan; quieren saber nuestros nombres; los repiten riendo a carcajadas, se contornean con nuestros abrigos, trajinan nuestros bolsos, se miran al espejo y consiguen encantarnos con su graciosa mímica y su chispeante alegría. Su coquetería femenina se siente atraída por nuestra indumentaria. En cambio nosotras admiramos el precioso obi de brocado que cife sus cinturas, los alfileres de oro repujado de sus aderezos y el vistoso kimono que las envuelve.

Tal vez nuestra presencia las retrae... Pues a pesar de las copitas de saké que nuestros compañeros les escancian, apenas si los toman en cuenta.

Erróneamente créese en Occidente que las geishas son mujeres de vida airada. Antes que el amor representan ellas para el japonés la belleza y la poesía.

Las han educado para solaz del espíritu... Todas son virtuosas del shamisen y del canto; poseen vasta cultura, recitan versos y conservan la vieja tradición nipona. Esta gasta de mujeres refinadas fué creada hace siete siglos por el shogún Iyeyasu, para que amenizaran los banquetes.

Se comprende que en una vida social tan cerrada para la mujer, madre o esposa, se necesiten las geishas como complemento de agrado en esas fiestas de hombres únicamente. Además el japonés debe aceptar la esposa que sus padres le designan y es lógico que busque en estas lindas muñequitas, educadas para hechizar y seducir, la expansión de espíritu que sólo ellas pueden darle.

En mitad del banquete las musmés descorren los tabiques de papel y quedamos frente a otra sala igual a la que ocupamos. Afirmadas al muro, como un cakemono pintoresco, se sientan las tañedoras de shamisen y las tamborileras.

El shamisen es un instrumento parecido a una guitarra con tres cuerdas, la caja muy pequeña y el mango estrecho y largo; Lo rasgan con una espátula de marfil. Comienza el canto estridente y monótono... Esa música no suena agradablemente a nuestros oídos hasta viene a completarla la danza de tres maripositas. Sólo entonces comprendemos la vibración perfecta, la unidad rítmica de esos acordes que dan la expresión estilizada y simbólica del alma japonesa. Con menudos pasos, moviendo sus abanicos o abriendo las alas transparentes de sus kimonos, sin contorsiones ni saltos se colocan en actitudes hieráticas, se prosternan y revolotean armoniosamente.

Sus rostros, pátina blanca con dos rayas negras y un botón rojo, permanecen impasibles... Toda la expresión está en la suprema gracia de sus movimientos...

En lo mejor de nuestro sueño oriental las danzarinas se escurren sin hacer ruido y el tabique nos vuelve a la intimidad de la pequeña sala. Las musmés continúan trayendo más y más guisos mientras las geishas van adquiriendo más y más confianza...

—Vamos—dice el capitán Fernández... Nuevas genuflexiones de nuestras amiguitas...

—Adiós Ya-ko-san, Adiós Teru-san... Banzai... Banzai...

Antes que nosotros han bajado ellas las escaleras del Club y solícitas nos ayudan a calzarnos...

El automóvil se aleja y aún escuchamos la algarabía de las muñequitas que repiten nuestros nombres con encantadora gracia...

Días después y encontrándonos ya en Kobe, el consúl general señor Carlos Lavanderos nos invita al gran teatro de Takarasuka situado entre Osaka y Kobe.

—Verán ahora teatro moderno — nos dice el consúl.

—¿Moderno? Pero nos reservamos para verlo en París... Aquí nos interesa lo típico, lo netamente japonés... — pienso yo.

Pero la cortesía me obliga a callar. Por lo demás todo el ambiente de Kobe es moderno y comercial.

Ya en los suburbios del puerto, los campos de arroz, los jardines y casitas de madera y papel me devuelven la visión oriental que añoraba. El automóvil corre por magníficas carreteras hacia el Casino de Takarasuka.

Más que un Casino es una ciudadela de placer, un balneario en plena campiña donde van a solazarse los habitantes de Osaka y de Kobe.

Diviso una enorme cúpula dorada y varios chalets de estilo europeo.

Como la representación ha comenzado ya, entramos al teatro entre tinieblas.

En el escenario bailan más de doscientas girls... Su ritmo es perfecto, la iluminación y el decorado de una riqueza que supera al de la escena parisienne.

—Pero no son japonesas, protesto yo...

—Por cierto que sí — dice el señor Lavanderos, — Aquí existe una escuela coreográfica de más de trescientas alumnas. Todas viven en este teatro como colegialas, sometidas a estricta disciplina y educadas por maestras de baile europeas o americanas.

De pronto cambia la escena y una prima-donna se pasea cantando el aria de Carmen. Su voz es admirable. Insisto en negar que es japonesa esa cantante; pero los anteojos de larga vista me convencen de que es genuina hija del cielo.

El ballet continúa. Luego la opereta "Señorita" con toreros y majas.

Una japonesita se contornea en los movimientos de la jota sobre una mesa redonda, mientras los chulos tamborean en torno de ella...

No puede ser, no puede ser: ¿Dónde han adquirido esa gracia incomparable?

Nunca han salido del Japón y, sin embargo, imitan el garbo andaluz primorosamente. El público aplaude con delirio.

Como en el Japón es prohibida la promiscuidad de sexos en el teatro, todas las artistas son mujeres, tal como en el teatro tradicional, que vimos en Tokio, todos los actores eran hombres.

Y he aquí que surge un Maurice Chevalier entre cientos de bailarinas y una Mistinguette y otros gracejos en sainetes chistosísimos.

—Valentina, Valentina...

Esto es ya demasiado... Igual perfección no hallaremos ni en el Folies Bergères. Sin embargo y a pesar de lo modernísimo del espectáculo, los empresarios del Takarasuka se ven obligados a respetar las costumbres orientales.

Un largo entreacto nos permite visitar el inmenso recinto que ocupa el teatro.

Ya las familias japonesas están merendando en los comedores y el olor a pescado invade el ambiente.

Dentro de este recinto hay también baños públicos. Sigo a un grupo de mujeres y niños que van hacia las piscinas de agua caliente. Como no entiendo el idioma desoigo el llanto de un japonés y abro la puerta del recinto reservado para los hombres. Salto atrás y penetro en la piscina de las mujeres.

Sin importarle la presencia de una extranjera, las japonesitas se desnudan, conversan, bromean y entran al baño con sus bebés. Allí comienzan a jugar en medio de la penumbra vaporosa que produce la alta temperatura de la sala.

Se me ocurre un cuadro de Carrère con siluetas de ninfas y efebos.

Las veo en seguida vestir sus innumerables kimonos; arrollarse a la cintura el complicado obi y salir en dirección al teatro con la misma tranquilidad y eterna sonrisa que las hace impenetrables para el occidental.

Vuelvo al teatro al final del entreacto. La segunda parte del espectáculo es de danzas clásicas.

En ellas son también eximias las japonesas.

Regresamos a Kobe declarando que ya nada nos sorprenderá en esta tierra de maravillas.